

JUSSI ADLER-OLSEN

Siete metros cuadrados



Traducción de:

MARTA AULET Y MARTA ARMENGOL

ENBOLSILLO

Para Louie, nuestra preciosa bolita de energía

Prólogo I

2005

—YA ESTAMOS OTRA vez con las coñitas. —Anker abrió la puerta del coche de golpe y quitó algo del parabrisas—. Encima lo ponen donde más molesta.

—Ya —masculló Hardy desde el asiento trasero. Miró la pegatina que sujetaba Anker.

—Vale, esta es nueva —continuó—. «Los tres mosqueteros de la Policía.» Los compañeros de la comisaría están que se salen.

—Se mueren de envidia porque hacemos muy buen equipo, Hardy —intervino Carl, aún sentado al volante—. Mirad. —Señaló al otro lado de la calle—. Los dos tipos del callejón. ¿El de la izquierda no es el que estamos buscando? ¿El que apuñaló a la víctima?

Hardy se asomó entre los asientos delanteros.

—No, es su hermano. Pero debe de estar al caer.

—Si somos los tres mosqueteros, yo no soy Aramis ni de coña, aunque sea el más bajito de los tres —espetó Anker.

Carl se giró hacia él.

—¿Por qué no, compañero? Si Aramis era un donjuán.

—No, ese era el otro, el grandote que empinaba el codo —le corrigió Hardy—. Y a ese me lo pido yo.

Sus compañeros se rieron por lo bajo. Lo de Hardy y las mujeres era un caso perdido.

—No os riáis. Me conozco a la perfección —protestó él—. Las mujeres me van a volver loco.

—No sé de qué te quejas —espetó Anker—. Si Minna está de toma pan y moja.

Carl se giró hacia la calle y se hizo el sueco. No era la primera vez que Anker le leía la mente.

—Ya, el problema es que lo sabe.

Llegaron hasta ellos unos gritos provenientes de la acera de enfrente y Hardy bajó un poco la ventanilla.

—Estoy harto de que Minna le tire la caña a todo lo que se mueve, a vosotros incluidos.

Anker se giró hacia él.

—Venga ya, Hardy. Si vuestra relación va viento en popa. No como lo mío con Elisabeth. Dentro de nada voy a necesitar que alguien me deje dormir en su sofá.

—Sabes que siempre eres bienvenido en mi casa, ¿no, Anker? —le aseguró Carl.

—Y en la nuestra —añadió Hardy.

Anker le estrujó el hombro a Carl.

—Gracias por vuestro apoyo, compañeros.

—Creo que es ese de ahí —indicó entonces Hardy.

—No, es su novia. Pero, claro, no sé si sabrías reconocer a una mujer con pantalones —bromeó Anker—. Oye, Carl —continuó—, ¿cuánto hace que os separasteis Vigga y tú? ¿No vais a divorciaros?

Carl contuvo una sonrisa. Vigga era la criatura más extraña sobre la faz de la tierra. Ningún hombre con dos dedos de frente diría que es una pareja para toda la vida, pero desvincularse totalmente de ella le resultaba imposible.

—¿Qué quieres, vivir de gorra conmigo? —inquirió él—. ¿O tienes otros planes?

Anker le dedicó una sonrisa torcida.

—Yo siempre tengo planes. He conocido a una mujer, y es la bomba. Una caja de sorpresas. Sabes a qué tipo de tía me refiero, ¿no?

Carl asintió. Las sorpresas también eran la especialidad de Vigga.

Anker le guiñó un ojo.

—Esta sabe ofrecerle cosas a un hombre que es imposible rechazar. Como no tenga cuidado, voy a acabar mal.

Hardy sacudió la cabeza y abrió la puerta del coche. Algo le había llamado la atención.

«Madre mía», pensó Carl. Era la primera noticia que tenía, pero siempre acababan hablando de lo mismo cuando se juntaban. La única diferencia entre ellos tres y unos adolescentes cachondos era la edad. Quizá por eso se llevaban mejor que cualquier otro equipo de la comisaría.

—Suenas fascinante y peligrosa. ¿Quién es, Anker? —preguntó Carl.

La respuesta de Anker fue quedarse un rato ahí sentado, pensativo, como si su mente ya se hubiera transportado al Edén y estuviera contemplando el árbol del fruto prohibido.

Y entonces esbozó esa sonrisa que bajaba la guardia de casi cualquier mujer.

—Ya la conoces, Carl —dijo Hardy.

Y le vino toda la energía de golpe.

—¡Venga, chavales, que lo tenemos! —gritó mientras corría hacia la otra acera.

Prólogo II

Sábado, 26 de diciembre de 2020

—NO HAY COJONES de repetirlo, Eddie. Venga, repítelo, imbécil. —Eddie Jansen bajó la mirada para no provocarlo, pero no pudo esquivar el golpe—. Teníamos un trato, ¿sí o no? ¿No piensas cumplir con tu parte? —preguntó mientras el pitido en los oídos de Eddie se agudizaba.

Eddie asintió muy despacio. Tenía la esperanza de que no se notara su desesperación, porque lo último que quería era caer en desgracia con el hombre de los ojos de distinto color que tenía delante y, por lo tanto, con los que llevaban las riendas.

Tenía que cumplir con su parte del trato, le estaba diciendo, como si Eddie no lo tuviera más que claro. Las otras opciones eran sufrir una muerte horrible o que todo se fuera a pique.

Maldita la hora en que aceptó. Durante años, se había dejado cegar por el soborno. El sueldo de inspector de la Policía de Róterdam era insignificante comparado con lo que le habían ofrecido estos hombres poderosos a cambio de sus servicios y de información.

Así que Eddie dijo que sí. Y empezó a entrar dinero fácil que pronto se tradujo en calidad de vida, regalos para su mujer y, más adelante, para su hija, en la hipoteca de una casita de verano, en las cuotas del barco y los coches... El trato puso fin a las preocupaciones por llegar a fin de mes y a las noches sin dormir.

Pero había llegado el día de enfrentarse a las consecuencias. Cómo no.

Las peticiones de la organización se le habían hecho cuesta arriba en varias ocasiones. No era la primera vez que vacilaba ante lo que le exigía el hombre que tenía delante por ser de una crueldad innegable. Sabe Dios que había tenido momentos de despiste a lo largo de los años, pero le había ido bien. Los encargos de sus superiores habían disminuido y Eddie se había relajado.

Se concentró en que dejaran de temblarle las manos. ¿De verdad había ido perdiendo poco a poco el valor de hacer lo que le ordenaban? Pero no tenía alternativa. Podría perderlo todo.

Respiró hondo y, casi en susurros, con la mirada baja, dijo finalmente:

—No... No volveré a fallar. Le prometo que acabaré con él. Cumpliré con mi parte. Cuente con ello.

En cuanto levantó la mirada, se encontró con el cañón de una pistola. Un segundo más tarde, la tenía en la frente.

El hombre la sujetó con firmeza y no se movió un milímetro, pero su voz era fría como el hielo.

—Lo sabes desde hace trece años, y cuando la mercancía apareció en una maleta en la buhardilla del tipo ese, reaccionaste tarde y mal. Y ahora me vienes con que la Policía danesa lo ha detenido. ¿Sabes las consecuencias que tendría para nosotros que empezara a hablar?

—Sí, pero... —El clic del gatillo lo sobresaltó.

El hombre soltó una carcajada.

—Qué susto, ¿eh, Eddie? Como si estuvieras en el paredón, de espaldas, y pegaras un salto cada vez que dispararan a uno de tus compañeros en la nuca, esperando tu turno. No es una imagen agradable, pero tú podrías acabar así, Eddie. Este asunto es muy grave. Porque te garantizo que, si esto se repite, habrá una bala en el tambor. ¿Estamos? Así que ponte las pilas y haz tu puto trabajo. No podemos jugárnosla con lo que Carl Mørck pueda saber ni con lo que pueda averiguar.

Eddie miró por la ventana a la oscura calle Louis Raemaekers, en el barrio de Schiedam, donde el semáforo bajo el rascacielos

acababa de ponerse verde. En pocos minutos, su mujer, Femke, aparecería en el apartamento con la pequeña después de haber pasado el día con Siri, su antigua compañera de trabajo. Le sonreiría al invitado y, esa noche, le preguntaría a Eddie quién era ese hombre y a qué había venido a estas horas. De ninguna de las maneras podía verse implicada en todo esto.

—¡Sí, sí! Entendido. —Asintió, y se apartó la pistola de la cara con cuidado—. Contactaré con los daneses esta misma noche.

1

CARL

Sábado 26 y domingo 27 de diciembre de 2020

EN ESTOS MOMENTOS, Carl volvía a sentir el cruel instante en el que la inocencia de la infancia se disipó por completo. Cuando empezó a verlo todo con claridad y a percatarse de las mentiras. Como la sensación de injusticia que se extiende por la mejilla tras un bofetón inmerecido, o la de un amor no correspondido en la juventud o la del engaño sentimental que acecha en la vida adulta.

Carl revivió esas sensaciones en cuanto su compañero, Marcus Jacobsen, jefe del Departamento de Homicidios, ordenó que le pusieran las esposas y que apretaran estas más de lo necesario; se intensificaron cuando lo apartaron de Mona y lo metieron de un empujón en el coche patrulla mientras ella, desde lo alto de las escaleras, le daba a entender que no estaba solo.

No era mucho consuelo.

Sobre todo, cuando el agente del asiento del copiloto le ordenó al conductor que, en lugar de pasar por comisaría, fueran directamente a la cárcel de Vestre.

—Eh, no, ¿qué hacéis? Esto no es legal. ¿Por qué no me lleváis al calabozo de la comisaría? —preguntó en balde. Solo escuchó murmullos y, de vez en cuando, el nombre de Marcus Jacobsen.

Carl se inclinó hacia delante para que las esposas no le cortaran la circulación en las muñecas. Le había quedado claro que,

pese a haberse dejado los cuernos en el cuerpo de Policía durante décadas y haber resuelto casos entre difíciles e imposibles, a partir de este momento no podía contar con el apoyo de sus compañeros.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué esperaba? ¿Cuántas veces había acompañado él mismo a un detenido a esa prisión enorme y deprimente? ¿Y cuántas veces habían intentado defenderse entre sollozos, por todos los medios posibles, desde el asiento trasero? Declarándose inocentes, mostrando remordimientos, alegando que dejaban atrás una familia... Y siempre había sido en vano.

Todos los detenidos tenían que enfrentarse a esa humillación hasta la primera vista. Él nunca los había acompañado a partir de ahí ni les había ofrecido consuelo. A estas alturas del proceso, eras culpable hasta que se demostrara lo contrario.

El coche patrulla recorría las gélidas y oscuras calles el día después de Navidad, aún adornadas con guirnaldas y corazones que ya no tenían sentido, mientras Carl intentaba imaginar cómo podría defenderse en la situación en la que se encontraba.

«¿De qué se me acusa?», pensó. Lo habían detenido justo después de resolver el caso de Sisle Park y de salvar a Gordon. ¿Qué había hecho para llegar hasta aquí? ¿Negarse a investigar los asesinatos con la pistola de clavos? ¿Ser un ingenuo en lo que respecta a su compañero Anker Høyer? ¿Sus sospechas de que Anker consumía drogas? ¿La insensatez de haber guardado la maleta sin preguntarle qué había dentro? ¿El despiste de haberla tenido en la buhardilla durante años y haberse olvidado de ella? Una maleta que resultó estar llena de estupefacientes y una cantidad nada desdeñable de dinero en distintas divisas. Dios, ojalá se le hubiera ocurrido abrirla para entregársela a la Policía él mismo. Había pecado de ingenuo al pensar que, a la hora de la verdad, nadie iba a sospechar que él, el fiel inspector, pudiera cometer un delito. No tenía ni la más remota idea de cómo defenderse. Lo único que sabía era que sus compañeros del coche patrulla no le iban a prestar ninguna atención si se ponía a declararse inocente o a dar pena con la familia que

estaba dejando atrás. Solo les interesaría escuchar confesiones y remordimientos, y no se los iba a dar. Así que Carl guardó silencio cuando cruzaron la verja de la prisión y lo llevaron ante el guardia pálido y cansado de la entrada.

El tipo estudió al detalle la documentación que le entregó el agente a través de sus gafas antes de levantar la mirada e informarles de que el juez no había ordenado que aplicaran el régimen de aislamiento. El agente puso cara de sorpresa, dado que se trataba de un investigador de renombre.

Carl tampoco daba crédito. ¿Cómo que no lo iban a aislar? ¿Estamos locos?

—Un momento —replicó—. Muchos de los reclusos están aquí por mi culpa y...

—Yo no puedo hacer nada. Es lo que hay —sentenció el funcionario.

La situación no auguraba nada bueno, y menos cuando los compañeros de Carl se marcharon sin un mísero gesto de despedida cuando el guardia le pidió que se desnudara.

El guardia marchito que lo cacheó puso la misma cara de asco que Marcus Jacobsen cuando le leyó sus derechos al detenerlo.

—Vaya, vaya, el mismísimo Carl Mørck. Casi nada. *Casi nada* —repitió el hombre. Dejó su ropa amontonada en el suelo—. Seguro que más de uno se alegrará de verte. Te garantizo que a ninguno de los presos les gustaría estar en tu lugar —continuó, y le dejó unas prendas en los brazos.

Sus palabras no le cogieron desprevenido, pero le afectaron igual. Aún conservaba la esperanza de que se le presentara una solución por arte de magia. Pero ¿cómo?

Lo que quedaba de la coraza de Carl se desmoronó cuando atravesaron los pasillos grises y estrechos por el imponente entramado de escaleras, barandas, redes y celdas que constituían el ala este, hasta llegar a la celda 437. Carl empezó a sudar. Sabía que todo rastro de la fe que tenía en la justicia se esfumaría en cuanto cerraran la puerta tras él con un irrevocable chasquido.

Carl echó un vistazo rápido al enorme y vacío espacio de la prisión, con sus luces fluorescentes, antes de que lo metieran en la celda y giraran la llave. Había visto muchas celdas por dentro a lo largo de su vida, pero ninguna tenía un colchón tan pequeño y sucio como el que tenía delante; su cama, donde intentaría conciliar el sueño sin Mona a su lado. Donde no despertaría a la mañana siguiente con los alaridos de su hija ni con la esperanza de que el día solo le deparara cosas buenas.

Carl se fijó en el tablón gris y deslucido que había encima del camastro y leyó las palabras desvanecidas que había escrito uno de los anteriores reos con bolígrafo.

Todo frases deprimentes. Ni una vela en la oscuridad.

JUSTO CUANDO HABÍA conseguido dormitar, tras pasarse casi toda la noche dándole vueltas a lo que iba a pasar y qué podía hacer al respecto, alguien aporreó su puerta. Una voz grave y agresiva comenzó a exclamar que sabía muy bien quién era y que se iba a enterar. Cuando paró, Carl supuso que los guardias se lo habían llevado.

Pero lo había escuchado con claridad: «Vamos a por ti, puto madero». Carl se incorporó con los codos y respiró hondo. El acoso acababa de empezar y ponía de relieve su realidad: estaba claro que pretendían matarlo.

«Puto madero.» Iba a correr un peligro mortal en este lugar. Tragó saliva y recordó todas las ocasiones en las que un policía encerrado había acabado mal. Con un poco de suerte, le asignarían un abogado que lo apartaría del punto de mira con la concesión de la libertad provisional tras la vista o, al menos, el traslado a una celda aislada, como agente preso.

También tenía que encontrar la manera de contactar con Rose, Assad y quizá Gordon, si no había quedado demasiado traumatizado por lo que había ocurrido esas Navidades. Casi había perdido la vida a manos de la asesina en serie Sisle Park, quien lo tuvo varios días secuestrado. Los tres iban a tener que

dejarse la piel para resolver el caso de la pistola de clavos, el cual, ahora que todo se había ido al traste, era también el suyo. Y era fundamental que Mona tuviera derecho a visitarlo también en calidad de psicóloga policial y no solo como cónyuge, lo que suponía horarios mucho más limitados.

La clave del crimen del que querían acusarlo tuvo lugar hace quince años. El principal sospechoso y su antiguo compañero de trabajo, Anker Høyer, murió en 2007 en el mismo incidente que dejó a su otro compañero, Hardy Henningsen, discapacitado tras recibir un tiro en la espalda. ¿Quién podía testificar aparte del propio Carl, la tercera persona presente aquel día? ¿Hardy estaría dispuesto a testificar a su favor? ¿Estaba de su parte?

Carl se dejó caer sobre el fino colchón con todo el peso de la impotencia. Ese caso era un marrón, y todo apuntaba a su viejo amigo y compañero Anker Høyer. De no ser por él, Carl no estaría aquí metido, desde luego. Anker era la clase de agente que no se imaginaba dedicándose a esto toda la vida, no como Carl y Hardy, que lo habían tenido claro desde el principio. Era ambicioso y, para él, sus necesidades estaban por encima de todo. Por eso su mujer acabó echándolo de casa, y por eso siempre estaba buscando nuevas oportunidades para trepar escalafones. Lo más importante era conseguir dinero, y mucho. ¿Cómo no se dio cuenta Carl de lo problemático que era y de lo mal que podía acabar? Anker nunca le había parecido una persona capaz de traficar con drogas ni de ser un policía corrupto. Ni esperaba que aquel barracón en Amager fuera a ser su tumba. Y, ahora, Carl había sido acusado de ser su cómplice. Para ser sincero, no recordaba una mierda de aquel incidente.

Deseaba, más que nunca, que su viejo amigo Hardy estuviera a su lado, para que juntos pudieran descifrar y comprender lo que pasó en el caso de la pistola de clavos de 2007. Carl suspiró; sabía que era inútil. Hardy estaba tetrapléjico y a muchos kilómetros, en Suiza, siguiendo un plan de rehabilitación alternativo que

duraría varios meses y que seguramente no serviría de nada. Era impensable que volviera al trabajo.

Durante las siguientes horas, colocó las primeras piezas del puzle del pasado e intentó encajar el resto. Qué ingenuo había sido al analizarlas por separado. Lo que Anker había robado había estado en su altillo durante años. Hardy y él se habían dejado arrastrar a Amager e ignoraron las malas señales en el comportamiento de su compañero, quien después se había negado a indagar en los hechos. En los mecánicos que habían matado en Sorø con una pistola de clavos, como a Georg Madsen, el tipo de Amager. Distruido por su horrible desenlace, entonces Carl no se había interesado lo suficiente por lo que habían hecho las víctimas que habían aparecido con clavos en el cráneo.

Carl se quedó mirando a un punto fijo en el techo mientras enumeraba sus excusas. Para empezar, la muerte de Anker y la grave lesión de Hardy Først le provocaron dos crisis de ansiedad y un trastorno de estrés postraumático galopante que jamás admitió.

EL DOMINGO POR la mañana, a las ocho y media, Carl fue trasladado al calabozo de la comisaria tras una noche horrible. Quince minutos antes de la hora de la vista, lo llevaron a una sala donde le esperaba su misterioso abogado.

Carl lo vio y suspiró. Con un vistazo a su abrigo verde zarrapastroso y su barba de tres días, Carl perdió toda esperanza de que lo ayudara. Tenía pinta de ser uno de esos abogados que había renunciado a la idea de ser un defensor estrella como los de las series cutres, la imagen que tenían del éxito durante la carrera. Pero Carl tampoco podía esperar que los mejores abogados del país fueran a pringar en plenas vacaciones de Navidad, y encima en domingo.

—¿Han informado a mi mujer de que mi vista es hoy a primera hora? —preguntó.

El letrado se encogió de hombros.

—Pues no lo sé, la verdad. Parece que lo acaban de decidir. —Se atusó el pelo grasiento—. Me llamo Adam Bang —se presentó, y le estrechó la mano—. Este fin de semana me tocan los niños, de tres y cinco añitos, así que he tenido que convencer a mi hermana de que viniera a cuidarlos deprisa y corriendo. Discúlpeme por las pintas. —Se colocó el nudo de la corbata—. No me ha dado tiempo ni a ducharme.

Al menos lo admitía.

EN LA SALA donde se iba a llevar a cabo la vista, Carl se percató de inmediato de que no estaban presentes ni su familia ni sus amigos del Departamento Q. Lo que sí había era una fila entera de reporteros de la prensa de Copenhague, de agentes que habían sido testigos de su detención y, entre ellos, Carl suponía, los de Asuntos Internos, que investigarían el caso a fondo si el tribunal dictaminaba que Carl y Anker habían cometido un delito mientras estaban de servicio. Carl buscó a sus amigos entre las caras del público en los asientos negros, pero solo vio una: la de la inspectora Bente Hansen. Sus miradas se cruzaron y ella sonrió y asintió de forma casi imperceptible, pero Carl bajó la mirada, incómodo. Le conmovía que hubiera ido a apoyarlo. Quizá debería decirle a Rose que el equipo del Departamento Q podía acudir a ella.

—¿Y este revuelo? —le susurró a su abogado—. ¿Por qué ha venido la prensa? Hay que echar a estos chupatintas de aquí cuanto antes. ¿Cómo se han enterado de mi detención?

Carl se inclinó hacia Marcus Jacobsen, que estaba en la primera fila del público, justo detrás de él.

—¿Ha sido cosa tuya, Marcus? —le preguntó, señalando con la cabeza a los reporteros, que ya estaban esbozando sonrisas.

El jefe de Homicidios sacudió la cabeza.

—No. Se ha corrido la voz. El origen parece ser la prisión de Vestre. Ya lo siento.

Marcus no era capaz de mirarlo a los ojos ni de decir su nombre. En la sala hacía un frío polar. La decepción de Carl era palpable.

Pero Carl no pensaba dejar el tema.

—Ya. Entonces, ¿por qué narices no me has dejado pasar la noche en comisaría? Nos habríamos ahorrado todo este circo.

Marcus se giró hacia el perro de presa, Leif Lassen, el jefe de la Brigada de Estupefacientes que tenía al lado, y le susurró algo al oído.

—Porque hoy el calabozo está reservado para extranjeros —espetó cuando por fin cruzaron la mirada.

Era la segunda vez en veinticuatro horas que a Carl le entraban unas ganas tremendas de abofetearlo. En ese momento, el fiscal entró y se sentó. Él sí se había dado una ducha esa mañana, sin duda, y olía a la sección de perfumería de un centro comercial.

El juez entró y subió al estrado mientras el resto de la sala se ponía en pie. Como la defensa y el fiscal, a Carl no le sonaba de nada.

La vista en sí fue breve. El fiscal era más seco que la mo-jama y recitó el informe previo como si estuviera en el campeonato nacional de rap. A Carl apenas le dio tiempo a releer el cartel sobre la custodia en la pared derecha de la sala en lo que tardó el hombre en presentar el caso. Su abogado se levantó muy despacio, con toda la dignidad que le permitía el abrigo engurruñado, y solicitó que la vista fuera privada. El juez se sentó, miró primero al abogado y luego a Carl, y sacudió la cabeza como si le hubieran pedido una copa de champán y un cuenco de caviar, pero al final le pidió a la prensa que abandonara la sala y no se divulgara el nombre del acusado. Los reporteros se levantaron y se dirigieron hacia la puerta, entre protestas, por supuesto. ¿Para qué quería que se respetara su identidad, si ya lo sabía media ciudad? ¿De qué iba a servir que los echara? ¿No le convenía al acusado que alguien informara sobre el caso de forma justa y objetiva?

Sus reproches no les sirvieron de nada. Era el protocolo y había que seguirlo, por su seguridad.

Carl asintió con aprobación y el fiscal enumeró, con voz clara, una lista que hizo que se le pusieran los ojos como platos. Lo acusaban de asesinato o cómplice de asesinato, de corrupción, de robo y de tráfico de drogas. Carl no entendía nada, a pesar de que cada cargo venía acompañado de una explicación. Se giró para mirar al jefe de Homicidios, que no cambió el gesto.

Carl sacudió la cabeza y se inclinó hacia su abogado.

—Es todo mentira, de principio a fin. Lo han tergiversado —susurró, pero el letrado le mandó callar con la mano para poder seguir escuchándolo todo.

—Mi cliente se declara no culpable de todos los cargos —afirmó al terminar, sin consultarlo primero con Carl. En cualquier caso, estaban de acuerdo. Claro que no era culpable. Le dio una palmadita a su abogado en el hombro para que Marcus lo viera desde la fila de detrás. Decretaron cuatro semanas de prisión preventiva.

Carl empezó a sumirse en la oscuridad. La mitad de los cargos acarreaban cinco años de prisión, como mínimo, y, si no se desmentían con pruebas, podían ampliar su encarcelamiento varias veces.

Volvió a mirar el cartel de la pared, donde mostraba varios párrafos del Artículo 762 del Código Penal que podrían aplicarse a estos cargos.

Estaba metido en un buen lío.